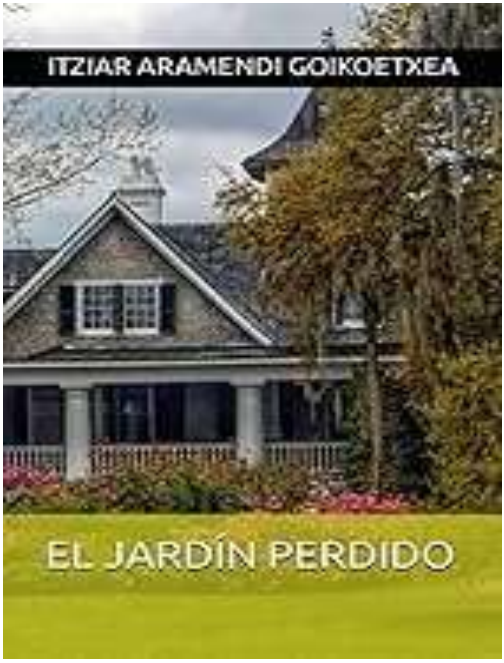
ITZIAR ARAMENDI GOIKOETXEA
EL JARDÍN PERDIDO

EL JARDÍN PERDIDO

ITZIAR ARAMENDI GOIKOETXEA

Título: El jardín perdido

©: Itziar Aramendi Goikoetxea

Publicación independiente

Depósito legal: D 00389–2022

Portada: Pixabay

Editado en ebook: 2022

1ª edición impresa: 2022

Itziar Aramendi Goikoetxea nació en Ordizia (Gipuzkoa) el 20–10–1955. Es profesora de euskera. Ha escrito numerosos relatos cortos, tanto en euskera como en castellano, y varias novelas cortas, como LOS HIJOS DE LA TIERRA o EL JARDÍN PERDIDO.

En euskera ha resultado galardonada en varios certámenes de relatos cortos, como el Argoiak en los años 2007, 2008 Y 2010, el Bizenta Mogel, en los años 2008 Y 2013, el Certamen Literario de Ermua en 2009 y los Premios Literarios Huellas Plus 55, en los años 2017 y 2018, entre otros.

A Ángel

El metro llegó con su habitual puntualidad. Lo tomé, y un hombre entró conmigo en el confortable vagón, que estaba prácticamente vacío a aquella hora. Aprovechando que no había reparado en mí, le miré discretamente, y pude darme cuenta de que era muy atractivo. Añadía a su complexión atlética un rostro de ojos verdes extraordinarios. Aunque la mascarilla tapaba el resto de su cara, tuve que aceptar que me agradaba sobremanera aquel joven, pese a que yo muy bien hubiera podido ser su madre. Rápidamente mis reflexiones me avergonzaron de tal modo que sentí esa sensación de cuando una se pone roja como una amapola. Afortunadamente él no podía verme. Parecía muy concentrado en sus asuntos; en cambio yo estaba totalmente relajada. Habíamos pasado tres estaciones, y aún me quedaban dos más para llegar a mi destino. Iba a ver a mi amiga

Soledad, que ya tendría el café preparado para las dos. Lo tomaríamos en el porche de su inmensa casona, que aunque la habitaba ella sola, se negaba a abandonar, pues también la disfrutaba trayéndose a menudo a sus hijos y nietos a corretear por los maravillosos terrenos que la circundaban.

Repentinamente el hombre de mi vagón se levantó de su asiento con cara de sobresalto mientras miraba el panel móvil que teníamos enfrente. Echando la vista hacia atrás, que era donde estaba sentada yo, clavó sus ojos en mí y…

–¿Este metro no va al centro, verdad? –quiso saber.

–No, señor –le respondí–. Usted se ha equivocado de tren. Este va hacia La Moraleja. Bájese en la próxima y en pocos minutos vendrá el suyo; pero tendrá que cambiar de vía –le expliqué.

Aquel sujeto que yo había llamado señor no se dignó ni a darme las gracias. Cuando llegó a la siguiente parada se bajó del tren y desapareció entre el resto de personas que había en el andén. A mí aún me quedaba una estación para llegar a mi destino. Estaba deseando que llegase ese momento para poder quitarme la mascarilla que tanto me atormentaba.

Tras bajar del tren caminé algo así como un kilómetro hasta llegar a la casona de mi amiga. Apenas vi una decena de personas en todo el trayecto. Crucé la puerta exterior de color verde que accedía al jardín delantero, flanqueado con aquellos hermosos cerezos y flores de colores. La casa se llamaba FANTASÍA, en honor al primer éxito editorial de su dueña. Soledad no se había percatado de mi llegada. Regaba pacientemente los deliciosos jardines, que admiré como cada vez que iba a visitar a mi amiga. Me fui acercando, al tiempo que le

manifestaba que siempre la encontraba trabajando. Ella se echó a reír con aquella risa suya tan contagiosa que a menudo provocaba carcajadas en mí. Era una mujer muy alegre, y digo era, porque hace dos años que falleció tras sufrir un ictus que la dejó tan tocada que a los cuatro días se la llevó entre los sollozos inconsolables de sus hijos.

Soledad siempre había querido muchos chiquillos. Un verdadero hogar, solía decir, en el que no faltaran las aventuras y la alegría. Y la verdad es que ella, siempre adorada por aquel marido infatigable que trabajaba con ahínco sin presentar ninguna queja, lo consiguió. Tuvo cinco hijos sanos a los que ella supo amar y cuidar muchísimo más que a su propia vida. Mi amiga dejó lo que estaba haciendo para secarse con su delantal azul el sudor de su frente.

–Vamos –me dijo–. Te he preparado una merienda exquisita. Hoy vamos a estar so-

las. Ya he avisado a todo el mundo de que ibas a venir y he dado fiesta al servicio. ¿Qué novedades tienes que contarme?

Subimos por la escalera de mármol de uno de los laterales de la casa, penetramos en ella, charla que charla, mientras mi olfato captaba un olor que me hizo la boca agua.

–Sé que te va a gustar –me dijo–. He hecho una tarta de queso y frutas variadas.

–¡Ah! Por eso huele tan bien por todas partes.

–¿Te parece? –se mostró dubitativa–. Será que al haberme habituado yo a él desde la mañana, apenas lo percibo.

Sirvió aquella hermosa tarta llena de colorido. La admiré como si de una joya se tratara, una joya que alguien hubiera rociado con un perfume afrutado. Soledad se echó a reír viendo mi expresión extasiada,

en tanto que servía buenos pedazos en los platillos de porcelana floreados a juego con las tazas, que tenían fresas a un costado y eran blancas por el otro. El café recién hecho humeaba. Miré a mi amiga y reímos juntas.

–Disfruta –ordenó–. Que sé que tú no sueles preparar delicias como estas.

Eran las cinco de la tarde en el reloj de la cocina. Ninguna de las dos hizo ademán de querer merendar en el porche, pese al día tan extraordinario que hacía. El sol inundaba la amplia estancia y el trinar de los pájaros nos deleitaba.

Me habló de que el tercero de sus hijos había perdido el trabajo, de que no conseguía sino contratos temporales, pese a su excelente formación como abogado de asuntos penales. Se le ensombreció el rostro al hablarme de aquello. Soledad le propuso que se viniera a vivir con ella, a fin de

no malgastar tontamente el dinero en un alquiler. Pero él no accedió.

–Si quisiera, podríamos vivir los dos sin ni tan siquiera vernos –me aseguró–. Yo no iba a entrometerme en su intimidad para nada, pero él no parece estar muy seguro de eso. Tú me conoces, sabes que no lo haría.

No tenía la menor duda al respecto. Soledad no era una madre al uso, ni una esposa ni una amiga convencional. Era demasiado particular, muy ella misma. Tal vez por eso había conseguido tantísimo éxito como novelista. Yo, por conocerla desde que éramos niñas, estaba muy segura de eso. Tenía la certeza absoluta de que las cosas serían tal como me las estaba contando. Pero, evidentemente, los hijos no suelen llegar a conocernos tan profundamente, tampoco nosotros a ellos.

Tras la merienda accedimos a la parte trasera de la casona y bajamos a los terrenos de mi amiga. Sorteamos algunas huertas, y muy pronto aparecieron ante nuestros ojos manzanos, perales, ciruelos, nogales y otras variedades de árboles, que yo no era capaz de identificar, hasta que llegamos a una inmensa pradera. No sé dónde terminaba la propiedad de mi amiga. Nunca lo supe. Mientras caminábamos pausadamente, Soledad de pronto me sonrió. Conocía aquella mirada traviesa. La conocía muy bien.

–¿Sigues chateando con esas amistades tuyas de internet? –se interesó curiosa–. ¿Hay muchos hombres guapos mendigando la amistad de mi bella Vicky?

–No hay más que perfiles falsos, timadores y pervertidos –respondí con contundencia.

–¡Ja, ja, ja! –Soledad no paraba de reír, viéndome tan colérica, tan fuera de mí.

–No exageres. Vicky, algo bueno habrá entre tantísima gente que pulula por la red, ¿no crees?

–Es como buscar una aguja en un pajar. Yo pensé que podría conocer a alguien como yo, un hombre maduro, divorciado, medianamente sensato –titubeé–. Creo que será mejor seguir sola antes de caer en manos de un charlatán desaprensivo que me amargue lo poco que me queda en este mundo.

–A ti te queda aún mucho por vivir –aseguró ella entre carcajadas–. Eres apasionada para todo, incluso cuando lo que te traes entre manos no es realmente transcendente, y eso da fuerza, empuje. Que se preparen los maduros de la red; quizá incluso los no tan maduros –bromeó mientras me guiñaba un ojo maliciosamente.

–Solo me faltaba eso, volverme asaltacunas a estas alturas del nodo.

Entre dimes y diretes la tarde iba rindiéndose a la inexorable oscuridad de la noche, hermosa, apacible. Pronto tendría que volver sobre mis pasos, coger el metro, seguramente asestado de gente, para regresar a mi apartamento, cenar cualquier cosita y elegir alguna película con la que entretenerme.

Soledad me hizo prometerle que muy pronto volveríamos a vernos donde mejor me conviniera. Mi amiga ya no era una jovencita, tan solo su espíritu lo era, razón por la cual iba y venía a su antojo cuando así le apetecía. Ella no temía a nada ni a nadie, se comportaba como si los carteristas del metro no existieran, como si en las calles no hubiese ladrones de bolsos o navajeros.

–No se puede vivir atemorizada –solía decir–. El miedo mata más que los accidentes de automóvil o que el propio cáncer.

Yo la comprendía muy bien, puesto que cuando me informaron de la muerte de mi marido en pleno quirófano, mientras operaba a una niña, sentí un dolor tan incontrolable que mi hija, que contaba con siete años por aquel entonces, pensó que también iba a quedarse sin madre. Afortunadamente eso no ocurrió, aunque entré en ese pozo profundo de la tristeza y la dejadez a la que llaman depresión. Simplemente no quería vivir.

Sumida en estas y otras reflexiones me pasé seis estaciones, y maldije mil veces no tener más control sobre mis pensamientos. Ni siquiera recordaba cómo había tomado el metro o las escaleras mecánicas que me habían hecho llegar hasta él. Me había abstraído completamente.

Caminé enrabietada por el centro de Madrid. Detestaba tener que estar allí, y a aquella hora, hambrienta, con ganas de enfundarme en mi pijama de alegres mariposas revoloteando en una pradera similar a la de la parte trasera de la casona de mi amiga, que si mal no recuerdo, me lo trajeron los Reyes Magos, colocándolo en el gran árbol de Navidad que lucía exuberante en el gran salón de su casa.

Mi estómago vacío no dejaba de protestar. Tenía la imperiosa necesidad de meterme algo caliente en el cuerpo. Muy pronto me vi en Sol. Contemplé con una sonrisa la estatua del Oso y el Madroño que tanto me fascinó siempre, a la par que recordé que muy cerca de allí se encontraba el hotel Europa.

No tardé en llegar a su puerta, y penetré ansiosa, al tiempo que aliviada por haber encontrado un lugar donde cenar y descansar hasta el día siguiente.

Mostré en recepción mi carnet de identificación y firmé donde la mujer pelirroja de grandes ojos azules me indicó. Le hice dos preguntas vitales para mí en aquel momento. La primera referente a saciar mi apetito, y la segunda referente a si me podrían proporcionar alguna ropa cómoda con la que acostarme. Me hizo saber que el comedor estaba abierto desde hacía dos horas, y que no me preocupara, puesto que el hotel disponía de algunas prendas con las que podría pasar la noche.

La recepcionista se quedó con la llave de mi habitación, asegurándome que enseguida mandaría subir un pijama, y yo entré en el amplio comedor, prácticamente desierto en aquel momento, donde tomé asiento en una mesa para dos que estaba situada al fondo a la derecha.

Escudriñé la carta de menús que encontré sobre la mesa, y cuando ya tenía prácti-

camente decidido lo que cenaría, un hombre se acercó a mí.

–Buenas noches, ¿puedo sentarme? –me preguntó.

Miré de frente al tipo de la mascarilla mientras asentía por educación, aunque completamente disgustada. Él seguía con ella puesta, y yo solamente veía sus ojos, grandes y divertidos.

–¿No se acuerda? –me preguntó–. Soy el que esta tarde se equivocó de tren. La he reconocido por su atuendo, y por esa mirada triste tan conmovedora que tiene. Es usted muy bella. Perdone por no haberme despedido siquiera. Tenía una cita importante y ya estaba llegando tarde

–No tiene importancia –le aseguré–, usted no me conocía de nada.

–Fue una grosería por mi parte. Deseo que acepte mis disculpas. Por cierto, me llamo Josué, ¿y usted?

–Vicky, bueno…, Victoria.

–Encantado –sonrió mientras rozaba su mano con la mía.

Sí. El verdor de su mirada me confirmó cuanto había pensado, y cuando al fin se quitó la mascarilla que cubría su rostro, pude comprobar, tal y como había sospechado, que se trataba de un joven muy atractivo.

–Le recomiendo centollo de primero –me aconsejó– y carne asada con patatas a la panadera de segundo. El vino lo dejo a su elección, lo mismo que el postre.

Hablaba con convicción, como si me conociera desde siempre, mientras en mi cerebro la duda se mostraba cada vez más diáfana y clara. ¿Qué pretendía aquel jo-

ven? Él había tenido el poder de arrastrarme con su actitud decidida y, de algún modo, valiente.

Un cuarto de hora después los dos saboreábamos aquel riquísimo centollo acompañado por un vino blanco carísimo que yo misma había sugerido, y al que él no opuso la mínima objeción.

–Como le decía, Victoria, es usted muy hermosa, y conste que no trato de adularla.

–A mi edad no se puede ser hermosa. Si algún día lo fui, hace de eso mucho tiempo –le respondí con cierto aire de desdén contrariado–. ¿Cómo puede hablarle así a una mujer que bien podría ser su madre? –mi voz sonó colérica.

–No se enfade conmigo, Victoria, le aseguro que no es usted ninguna viejecita.

–No me da vergüenza decírselo. Tengo cincuenta y tres años –contraataqué.

–¿Lo ve? Y dígame, ¿cuántos cree que tengo yo?

–¿Cuántos cree que tengo yo? Usted podría ser mi hijo.

–¡Ja, ja, ja! No crea. Pronto cumpliré cuarenta. Lo que ocurre es que me cuido, voy al gimnasio, juego al golf, nado un poco todos los días… Procuro mantenerme en forma. Mire, si usted fuera hombre y yo fuera mujer a nadie le llamaría la atención esa diferencia de edad. Son clichés sociales, ¿no se da cuenta? Además, la edad no es más que un número.

Ya estábamos una vez más con aquella estupidez ¡Cuántas veces no la había leído y escuchado! Debía ser una especie de slogan publicitario inventado por algún listillo para vendernos la eterna juventud. Para hacernos más consumistas, más incluso de lo que ya somos. Nos lo repiten una y mil veces, como si de un mantra se tratara para

que nos quede bien grabado en la memoria.

–¿Clichés sociales? ¿Al reuma? ¿Al volvernos cada vez más torpes? ¿Al hecho de que se nos arrugue la piel o perdamos la memoria? ¿Al deterioro general de todos nuestros órganos? ¡No me fastidie! No puedo creer que sea usted tan cortito; y perdóneme si le parezco atrevida o descarada al hablarle así, pero ya que usted se ha comportado de un modo tan atrevido conmigo, me he permitido decirle lo que pienso.

–Victoria, nada de eso le ocurre por el momento. No se ponga melodramática. ¿Alguien le garantiza que yo por el hecho de ser más joven moriré más tarde que usted?

Ese comentario me pilló desprevenida. Así, de pronto, no supe qué responder.

–Es cierto que nadie puede garantizarme eso –opiné al fin–. Pero hay que reconocer que usted tiene más probabilidades de ver mi esquela en el periódico, de que yo, en cambio, me encuentre con la suya.

–Victoria, en la vida cualquier cosa puede suceder. Hay imprevistos por todas partes.

–Tiene razón, pero la edad no es un simple número; implica formas de pensar y actuar. Da conocimiento y experiencia, o las merma.

–¿De verdad? –sonrió burlón–. Pongamos un ejemplo: ¿Cuánto sabe usted de bolsa?

–Muy poco. Mi difunto marido era el inversor. Yo escuchaba sus conversaciones con amigos mientras atendía a mi hija: Hay que comprar cuando está barato y vender cuando está caro. Hay que invertir lo que no se precisa para vivir. No es bueno poner

todos los huevos en el mismo cesto. Conviene diversificar el capital. El oro es un valor refugio. Las empresas tecnológicas te pueden hacer ganar muchísimo dinero, pero también te pueden hacer perderlo todo…

–¡Muy bien! –en su cara se dibujó una mueca de asombro–. Yo pese a ser más joven, sé eso y mucho más, pues mi profesión es la de bróker. ¿Era economista su marido?

–No. Él era cirujano, y falleció mientras estaba trabajando.

–¡Vaya! Lo siento. ¿Tuvieron solo una hija?

Asentí. Estaba deseando cambiar de tema de conversación. No era exactamente así. Estaba deseando ir a mi habitación. Ver alguna película interesante y dormir plácidamente. Del mismo modo que lo estaría

haciendo Soledad en la casona rodeada de flores y árboles repletos de fruta fresca.

–Estoy agotada –confesé–. Quisiera retirarme a mi habitación.

–¿Mañana seguirá aquí, Victoria? –quiso saber él.

–No. Regresaré a mi casa –contesté.

–¡Qué pena! –se lamentó–. ¿Podré verla en otra ocasión?

–Ya sabe, en la vida puede ocurrir cualquier cosa –sonreí–. Buenas noches.

–Muy buenas. Que duerma bien.

–Gracias, Josué.

Recuerdo que mi habitación era encantadora, y el pijama prestado suavecito, caliente, recién perfumado. Elegí una antigua película al azar, “Caso cerrado”, pero no

llegué a verla entera porque me dormí antes de que terminara.

Al día siguiente tenía planificado visitar una exposición de pintura de artistas nóveles, y de otros que aún llevaban poco tiempo de andadura. Si transitar por esos mundos es siempre complicado, no digamos hacerse un hueco entre los que pueden permitirse vivir de ello. Me gustaba sobremanera aquella vieja fábrica donde había trabajado tantos años mi madre, para ahora verse convertida en un agradable lugar donde uno podía ver buen cine, documentales, exposiciones de pintores consagrados, de otros que pretendían consagrarse, tomar un café, etc.

Tuve una noche llena de sueños, y al amanecer no conseguí recordarlos todos, solamente uno que me hizo reír, por lo tonto y absurdo que se me antojó. En él vi a Josué en casa de mi amiga Soledad saboreando con deleite una tarta parecida a la

que yo había tomado la noche anterior. Se le veía extraordinariamente satisfecho y feliz al hacerlo.

Prefería ducharme en casa. Recogí todas mis cosas, y decidí que no partiría del lugar antes de haber desayunado, mas al llegar al vestíbulo de entrada comprobé con gran decepción que la cafetería aún permanecía cerrada. Así pues, liquidé lo que adeudaba y salí a la calle en busca de una boca de metro. A mí me parecía haber madrugado mucho, pero comprobé que las calles estaban llenas de vida y que los andenes del metro eran auténticos hervideros de rostros somnolientos e indiferentes a todo, que parecían zombis de película en algunos casos, y personas aburridas en otros.

Obviamente efectué el trayecto de pie, absolutamente agobiada por la proximidad de los demás. La mayoría eran extranjeros llegados de muy lejos para intentar obtener una vida más digna de la que tenían en sus

lugares de origen. Me sentí muy pequeña y cobarde al mirarles. Probablemente no habrían pisado el colegio y, sin embargo, sabían de la vida mil veces más que yo.

Afortunadamente tenía que andar poco para llegar a mi casa. El mío era un piso amplio, y hermoso; pero no tenía nada que ver con el de mi amiga. Tampoco me hacía ninguna falta más espacio, ya que yo solamente había tenido una hija que vivía en Londres con su marido y sus dos hijos, y que raramente se acercaba a España para visitarme. Me sentía un poco sola desde que abandoné mi profesión a causa de la depresión que se apoderó de mí tras perder a mi marido. Tuve que abandonar mi puesto de profesora universitaria, y me quedé con una incapacidad absoluta y pocas esperanzas de vivir.

En unos minutos estaba en la cocina de mi casa. Me preparé un poco de fruta y un descafeinado. Habían transcurrido muchas

horas desde aquella extraña cena con Josué y estaba verdaderamente necesitada de tomar algún alimento que aplacara el malestar de mi estómago. Me disponía justamente a eso cuando sonó el teléfono en la entrada de la casa. No tuve que dar más de seis pasos para abrir la puerta de la cocina y tomar el auricular inalámbrico.

–Sí, dígame.

Esperaba escuchar la voz de Soledad. Seguramente me querría proponer algún plan para los próximos días; pero mi sorpresa fue mayúscula cuando oí la voz de mi hija.

–Mamá, dentro de diez días estaré ahí contigo –la escuché decir como en un sueño.

–Esther, hija mía –los ojos se me llenaron de lágrimas de emoción–. ¿Cómo estás, hija? ¿Cómo estáis todos?

–Perfectamente, mamá. Me pertenece una semana libre en el trabajo, y he pensado que sería maravilloso poder estar juntas. ¿Tenías algún plan mejor?

–Hija, para mí no hay mejor plan que gozar de tu compañía. ¿Vendrá también tu marido? ¿Y los niños? –le pregunté con interés.

–No, madre. Robert anda muy ocupado. Mañana mismo cogerá un vuelo para Sidney. Y los niños son muy pequeños para viajar. Se quedarán en casa de unos amigos. Estarán muy bien atendidos, y los veremos por videocámara. Tranquila, mamá. Llegaré el día diez de agosto por la mañana.

–¡Qué alegría me das, Esther! –me volví a emocionar.

–Te estoy llamando desde el trabajo. Debo dejarte ahora, pero recuerda… El diez de agosto…

–Por la mañana, descuida. No se me olvidará.

Colgué el teléfono, y repentinamente me puse a llorar recordando a mi marido. Me vino aquel pensamiento recurrente que se había quedado en algún rincón de mi memoria para darme la certeza de que él me había amado, de que fuimos felices, de que había sido y seguía siendo el único y verdadero amor de mi vida. Estaba Alfredo en su despacho, y yo acababa de comunicarle mi embarazo. Él se había levantado lentamente de su sofá giratorio y, tomándome entre sus brazos, me besó largamente en la boca, para después acariciar mi incipiente pancita.

–Ojalá sea una niña y se parezca a ti –susurró con sus grandes ojos iluminados, llenos de vida.

Mordí la uva mientras volvía a aquel pasado que parecía tan lejano y, a la par, tan

cercano; tan real como el vacío que me dejó su muerte acaecida en un día de trabajo como tantos otros, en el quirófano que le habían designado para operar a una niña de seis años que había nacido con una luxación de cadera congénita.

A varios kilómetros yo miraba trajes de primera comunión para mi preciosa Esther, que nunca se pareció a mí, sino a su querido padre.

El descafeinado se había quedado helado, y decidí ducharme y maquillar mi rostro con la intención de disimular aquel aspecto tan desfigurado en el que no conseguía reconocerme. El resto de la mañana no fui capaz de concentrarme en nada. Estaba como aturdida por la llamada de mi hija. De hecho, hice cosas como las que suelen hacer las ancianas de ochenta años totalmente desmemoriadas. Me puse a cocinar y mezclé garbanzos y lentejas en el mismo puchero, así que no tuve más remedio que

tirarlo todo al contenedor correspondiente. Por último, me preparé una ensalada de lechuga y tomate como primer plato, y un filete de segundo, pero cuando abrí el frigorífico para tomar un trozo de tarta que Avelina, nuestra asistenta doméstica de siempre, había preparado hacía dos días, me percaté de que había guardado la sartén junto a los yogures.

Menos mal que estaba sola y nadie se percató de lo que había sucedido, pues me hubieran tomado por chiflada y me habrían llevado al psiquiatra por loca de remate.

Me dieron las cuatro de la tarde sin haber hecho absolutamente nada de provecho. Decidí salir antes de que llegara Avelina. Ella solía venir por las tardes. Me iría a ver la exposición de pintura de aquella antigua fábrica que tanto me gustaba, mezclándose en mi cerebro su presente con aquellas historias tan maravillosas que mi madre solía narrarme, pertenecientes a los

años en los que ella había pasado allí trabajando.

Me contaba que el hermano de una compañera se enamoró perdidamente de ella, que era muy buena persona, que trabajaba de profesor en un instituto del centro de Madrid, que sus padres le animaban a que lo aceptara como novio formal, y que ella intentó complacerlos, pero que todo fue en vano, pues a mi madre no acababa de convencerle aquel joven. Quise saber si es que no le resultaba físicamente agraciado o si no era afable en su trato con los demás. Mi madre me dijo que ninguna de esas cuestiones le impulsaron a rechazarle, que ella estaba simplemente enamorada del hijo de un viejo alicatador que había elegido el mismo oficio de su padre.

No había mucha gente en la antigua fábrica, y menos aún en la sala de exposiciones. Yo miraba los cuadros, pero volvía una

y otra vez a los recuerdos de las historias que me contaba mi madre.

El joven alicatador enfermó de tuberculosis, y empeoró rápidamente. Mi madre nunca consiguió olvidarle. Acudió a su funeral rota de dolor. Pese a sus ojos enrojecidos y a su cara de infinita amargura y pena, el hermano mayor del difunto se fijó en ella y comenzó a cortejarla. Mi madre supo que era el novio de una compañera de trabajo llamada Isabel, y no quiso saber nada del asunto. Los meses trascurrieron, pero él no dejaba de perseguirla. Le confesó que ya no se veía con su antigua novia, que de hecho había comprendido que eran incompatibles y, a puro ruego, mi madre aceptó ir al cine un domingo por la tarde con aquel joven que vivía dos portales más abajo que ella. Se llamaba Ezequiel, y con el tiempo se convirtió en mi padre. A Arantxa le costó aquello el eterno odio de Isabel, pero eso no consiguió separar a mis padres. Ellos

solo obedecían al dictado de sus corazones. A mi madre se le pusieron las cosas feas por parte de Isabel y sus numerosas amigas, pero pincharon en hueso. Ezequiel y Arantxa tuvieron que luchar contra familiares, compañeros de trabajo, vecinos… Porque ellos no estaban dispuestos a separarse.

De pronto, un cuadro de la exposición llamó poderosamente mi atención. Estaba justo al lado de otro que tenía frente a mí, en el que estaban pintadas dos niñas muy bonitas, pero sus brazos y piernas habían sido trazados sin demasiada pericia, al tiempo que los colores no resultaban nada naturales. La verdad es que no me gustaba nada aquella pintura; en cambio, la otra era deliciosa. En ella se veía a una mujer rubia regando un rosal y rodeada de flores multicolores. Al fondo estaba una especie de mansión con escaleras de mármol en los laterales, un acogedor porche y varios mi-

radores en la parte alta del edificio. ¡Dios santo! ¿Acaso no era la mismísima Soledad la mujer que habían captado en aquel lienzo?

–¿Le gusta? – escuché una voz muy particular junto a mi oído.

Me giré para ver de quién se trataba. Nunca antes nos habíamos visto. El hombre era alto. Lucía una poblada barba blanca y unos ojos color miel. No podía ver el resto de su cara, tapada como estaba por la que parecía haberse convertido en eterna y odiosa mascarilla. Por su pelo abundante, aunque totalmente blanco, no le calculé más de sesenta años.

–Miguel Montenegro –se presentó extendiendo una mano en busca de la mía–. Soy el autor, y me ha parecido que mi pintura suscitaba su interés.

–Es extraordinaria. Me fascina. Por cierto, esa casa se llama FANTASÍA, y la mujer, Soledad, ¿no es así?

–Vaya, vaya ¿Una amiga de mi querida cuñada?

–Así es. Se puede decir que nunca he tenido una amiga más de mi gusto que Soledad. Nos conocemos desde el parvulario. Ella siempre fue inteligente y divertidísima, además de incondicionalmente fiel, tanto a su familia como a sus amigos.

–Desde luego que sí –afirmó el señor Montenegro–. Adrián, su marido, tuvo mucha suerte con ella, así como con los hijos que tuvieron.

–¿Y usted? Nunca le había visto antes por aquí.

–Yo he pasado muchos años fuera. Estudié Bellas Artes en Roma, y me casé con

una italiana. Viví en Venecia hasta la muerte de mi esposa, hace dieciséis años.

–Lo siento. Yo perdí a mi marido hace veintiuno. Fue un trago horrible –le confesé–. Cambiando de tema, ¿en cuánto podría comprar su lienzo? Me gustaría muchísimo verlo colgado en el salón de mi amiga.

–Le quedo muy agradecido por su reconocimiento –aseguró Miguel–. Pero si bien el cuadro está expuesto, ya ha sido vendido.

–¡Oh. Cuánto lo lamento! –confesé.

–No debe lamentarlo…

–Victoria; pero todos me llaman Vicky.

–No se disguste, Vicky. La próxima semana será el cumpleaños de Soledad, y este va a ser mi regalo. ¿Más tranquila ahora?

–Aliviadísima –sonreí–. Es un magnífico regalo, Miguel.

–Espero que mi cuñada sea de su misma opinión –señaló.

–No me cabe ninguna duda –le respondí.

–Y… Dígame, ¿qué tal si nos tomamos una copa de champán por esta agradable sorpresa?

–Me parece estupendo.

Salimos de la sala de exposiciones y descendimos por la amplia escalera que bajaba al vestíbulo, a la entrada del cual se encontraba la cafetería, que contaba con algunas mesas en su interior y otras en una terraza fuera del edificio.

–Es desolador como ha afectado la pandemia al lugar –se lamentó el señor Montenegro–. Hace unos años todo esto solía estar lleno de gente que acudía a ver tea-

tro, cine, a hacer cursillos, a comprar en las tiendas. Incluso servía como refugio a inmigrantes sin techo que no tenían donde pasar el día. A mí me agradaba aquella mezcolanza de razas, aquella actividad trepidante… Ahora esto parece un cementerio.

–Es cierto –asentí tristemente.

–Hay noches en las que no puedo conciliar el sueño, Victoria –me confesó Miguel–. Empiezo a pensar en todo lo que está sucediendo, y me entra el pánico. Vivir en las ciudades se ha convertido en una pesadilla. Trabajar ocho o más horas con el tapabocas puesto es infernal. Se lo digo por experiencia. Ando buscando una vivienda como la que posee mi cuñada. Allí uno puede olvidarse de todo, del maldito virus, de sus mutaciones, de que quizá nadie nos libre de otra pandemia cuando acabe esta, de este horror en el que se ha convertido nuestro mundo. Piense por unos segundos en esto que le voy a decir. Usted y yo enamorados,

ávidos de vida, porque ya se nos fue la mayor parte de la que se nos regaló cuando nacimos, y en cambio, sin podernos dar un simple beso en la boca, porque quizá ese beso nos mate.

Me miró largamente mientras el camarero traía nuestra bebida a un extremo de la terraza. Yo estaba confundida, nunca antes se me había pasado por la mente un pensamiento de aquel calibre.

Sentí un escalofrío mientras Miguel descorchaba aquella botella de excelente champán para los dos, liberando de aquella tarea al mozo que nos había atendido. Cuando las copas estuvieron llenas del líquido color oro, nos desprendimos de las mascarillas dispuestos a brindar por el azar que nos había convertido en amigos.

–Déjeme mirarla –dijo Miguel–. Hasta ahora no he podido contemplar su rostro completo.

Mientras me observaba atentamente, yo también le miré a él, y se me hizo un nudo en el estómago. Aquella boca suya bien valía tomarse el riesgo de morir. En mi cerebro duró apenas un instante este pensamiento, pero lo suficiente para ponerme colorada hasta la raíz del cabello.

–Me ha comprendido, verdad, –quiso saber él.

–Sí –le respondí–, perfectamente.

–¿Qué haría usted, Victoria, evitaría ese beso o por el contrario preferiría olvidar la amenaza que se cierne sobre todos nosotros, y dármelo?

–Cambiemos de tema, por favor –le rogué sintiendo aún aquella sensación extraña que me ponía tan nerviosa.

–Si, será mejor. Me he puesto muy dramático. No me haga caso. Brindemos por este hermoso día y por Soledad, que es

quien nos ha traído hasta esta terraza. Para que nuestra amistad sea sincera y duradera.

Se nos fueron las horas hablando de pintura y de Venecia. Me dijo que nunca le agradó aquella ciudad, que le parecía lúgubre, incomoda y provinciana, pero que su mujer no quería ni oír hablar de vivir en otra parte, y que él la amaba demasiado para contradecirla.

Yo había disfrutado de una tarde maravillosa, y tras una precipitada despedida, pues la noche, absortos como estábamos en nuestra conversación, nos había pillado totalmente desprevenidos, me pareció ver pasar a Josué con otro hombre de su edad. Estaba casi segura de que se trataba de él. Me resultó curioso el hecho de que hubiéramos coincidido tantas veces en tan corto espacio de tiempo. Son muchos los escritores y pensadores que insisten en que las casualidades no existen. ¿Quizá el destino

se empecinaba en unir nuestros caminos con algún fin específico? Sonreí para mis adentros por aquella ocurrencia que acababa de tener. Era absurda por completo. No teníamos nada en común, pensábamos totalmente diferente, y su amistad no me interesaba en absoluto.

Miguel y yo nos veríamos en unos días en casa de Soledad, así me lo había hecho saber él, mientras, proseguiría en su intento de conseguir una casona de campo donde vivir tranquilo y seguir pintando.

En el camino hacia la boca del metro reflexione sobre la compra que se disponía a efectuar Miguel. Una mansión como la de Soledad no era una tontería, aquello costaría una auténtica fortuna. ¿Tendría el señor Montenegro un dineral semejante procedente solo de su trabajo? Tal vez su esposa habría sido una mujer muy rica y, a su muerte, habría heredado un pingüe capital. Estaba llena de curiosidad, y por eso mis-

mo, deseando de llegar a casa para buscar información en internet sobre mi nuevo amigo.

Lo más chocante era que Soledad nunca me había hablado de Miguel. No sabía cómo interpretar eso. De cualquier modo, nunca solemos contar todo, ni siquiera a las personas que más amamos. Mi madre nunca le confesó a su marido que no pudo olvidar a su hermano jamás, y eso que apenas tuvieron tiempo de conocerse. Una vez más me distraje con mis cavilaciones, desconcentrándome de lo que estaba haciendo en ese momento, por lo cual tuve que realizar algún trasbordo adicional en mi viaje. Llegue a casa bastante tarde, y me percaté de que Soledad me había estado llamando.

Ella rara vez utilizaba el móvil. Lo apagaba porque, de lo contrario, las editoriales no dejaban de darle la lata. Solía decir que eran unas sanguijuelas insoportables, y que

ella precisaba tiempo para pensar coherentemente sus argumentos, y así hacerse comprender mejor. Había actuado de esta manera desde sus inicios; con lentitud, con honradez y respeto absoluto a sus lectores, sin pensar para nada en el dinero que su proceder podría reportarle o restarle. El resultado estaba a la vista. Su público era de año en año más numeroso, y le seguía con fidelidad e infinita lealtad, de modo que sus veinte obras traducidas a cuatro idiomas se convirtieron en rotundos éxitos, y ella misma reconocía tener una fortuna considerable.

Soledad se convirtió en millonaria sin pretenderlo, ya que nunca fue ambiciosa ni llegó a imaginar que su afición por contar historias fuera a reportarle tanta fama en el mundo entero. Yo me había preguntado siempre porque regalaba su amistad a una persona tan insignificante como yo.

Me quité toda la ropa que llevaba y me duché con agua fría. El calor era asfixiante en el interior de mi casa. Habíamos tenido más de treinta grados a lo largo del día, y la noche seguía siendo tórrida. Claro que yo apenas había reparado en ello, hasta que Miguel se hubo ido. Me puse una braguita de encaje blanco y un ligero camisón de color azul cielo. Estaba lista para hablar con mi amiga. Tomé asiento en el sofá del salón y telefoneé a Soledad para ver que se le ofrecía. Ella no tardó en cogerme la llamada.

–Buenas noches, Vicky –me saludó–. ¿A dónde has ido? Yo, exultante, y deseando compartir mi alegría contigo, y tú que no apareces. ¡En qué habrás andado, bribona!

–¡Ja, ja, ja! He estado en una exposición de pintura.

–Vicky siempre tan inquieta, tan mundana. Ahora debo comunicarte mi alegría, pues lo demás, reviento.

–Tú dirás –la invité a hablar–. Es un placer para mí verte tan dichosa.

–Verás, Andrés ha decidido venirse a vivir conmigo. Ocupará el ala oeste, y solo nos veremos cuando él quiera. Hoy hemos comido y hemos merendado juntos.

–Me alegro, Soledad. Es una espléndida noticia, amiga. Tú tendrás compañía, aunque sea a ratos, y él podrá ahorrarse el importe del alquiler hasta que encuentre un empleo en condiciones.

–Desde luego que sí. ¡Este hijo, lo que le cuesta aceptar algo de su madre! Pero esta vez me he salido con la mía –afirmó con satisfacción.

–Sí, sí. Soledad ha ganado –bromeé.

–Oye, en tres días será mi cumpleaños, ¿te acuerdas?

–¡Cómo me voy a olvidar de eso!

–Ni se te ocurra estar gastando. No necesito nada, bueno, compañía, sí. Estás invitada a comer.

–Muy bien, pero un cumpleaños sin regalos no es un cumpleaños –sonreí recordando el lienzo con el que pensaba sorprenderle Miguel.

Yo había encargado un cofre grande para ella. Le comuniqué al ebanista que tipo de trabajo deseaba, y dentro tenía pensado meterle unos juegos de lencería que le dejarían deslumbrada. Sabía que ese tipo de cosas le agradaban sobremanera, pues a pesar de no ser tan coqueta como yo, no podía evitar el tener gustos femeninos y sensibilidad para apreciar tejidos hermosos y finos. Hubiera comprado también el cua-

dro de Miguel, pero él ya tenía decidido regalárselo.

Nos despedimos, y yo tomé mi ordenador, trasladándolo hasta mi habitación. Me tendí con la cabeza apoyada en los grandes cojines que solía poner en mi almohada cuando quería ver televisión o desayunar en la cama. Entré en Google y busqué información sobre Miguel Montenegro. No me costó trabajo buscarla. Su prolífica labor había sido reconocida hacía años. Yo no soy ninguna entendida, pero debo decir que me encantaba cuanto de él informaban en las páginas webs. Contrariamente a lo que había conjeturado sobre su esposa, ella había sido una humilde mecanógrafa en una oficina de correos. Habían tenido un hijo, un tal Paolo, que era el vivo retrato de Miguel en versión rejuvenecida.

Lo que me seguía llamando poderosamente la atención era que Soledad nunca me había hablado ni de su hermana ni de

Miguel, que habiendo yo asistido a casi todos los cumpleaños de mi amiga, no hubiéramos coincidido alguna vez en FANTASÍA. No iba a forzar las cosas por descubrir el porqué; si estaba de ocurrir, tarde o temprano me enteraría.

Cerré el ordenador y me aproximé a la cocina. Coloqué en un plato trozos de manzana, pera y mango, para retornar a mi dormitorio con el propósito de ver una película que relataba la terrible historia de un pueblo del País Vasco, Gernika, que fue bombardeado por los nazis durante la Guerra Civil Española.

Mi madre, que era de origen vasco, Arantxa Urkiola, nos había hablado muchas veces de aquel suceso. Solía contarnos lo mucho que habían sufrido en aquella terrible guerra que inició Franco, un militar fascista y sin escrúpulos. Es por eso que visionar aquel largometraje resultó muy especial para mí. Ella siempre quiso enseñarle

su idioma a su marido, y consiguió que le comprendiera bastante bien, pero su prematura muerte canceló aquel propósito para siempre.

Soledad y yo nos hemos prometido pasar unos días recorriendo Gipuzkoa y Bizkaia. En otra ocasión, cuando nos lo permita la pandemia, iremos a conocer toda esa zona más detenidamente. Mi madre decía siempre que eran lugares con una acentuada idiosincrasia propia.

La película fue dura; esa es la verdad. Una vez terminada, apagué el televisor y rememoré la felicidad de mi amiga por poder tener junto a ella a su hijo Andrés. También yo iba a poder disfrutar de mi hija durante una semanita. Por cierto, no se lo había contado a Soledad, y ese fue mi último pensamiento, pues a continuación me dormí como un bebé bien alimentado y limpio.

Al día siguiente salí temprano de casa. Quería ir a comprar la lencería de mi amiga. Me dirigí a la pequeña mercería de Blanca, una de esas tiendas de toda la vida donde se pueden encontrar las prendas íntimas más bonitas que una se puede imaginar. Eran muy costosas, pero merecía la pena gastar un poco más para llevarse aquellos tesoros. Había estado allí montones de veces, y sin embargo no había reparado nunca en la inmobiliaria que estaba justo enfrente.

Elegí lo que más me gustó. Hablé con Blanca de lo divino y de lo humano, y cuando abandoné el establecimiento me tropecé cara a cara con el señor Montenegro. Otra vez las casualidades volvían a cercarme sin aparente explicación.

–Ya sospechaba yo que me estaba espiando –me susurró al oído–. ¿Qué hace por aquí?

–Pues… Comprando lencería para Soledad, ¿y usted?

–Un tanto desmoralizado, Victoria. No encuentro esa casa que tanto anhelo. ¡Mire que he recorrido inmobiliarias! Pero hasta ahora no he visto nada interesante –constató.

–¡Tranquilo, hombre! Tiene que tomárselo con filosofía. Verá que en cualquier momento la encontrará. Quizá necesitada de obras y cambios, pero toda para usted –bromeé.

–Me persigue, me toma el pelo, se ríe de mí… Esto no puede ser. Le invito a comer para tomarme la revancha.

–¿Ah, sí? ¿Y se puede saber a dónde me llevará?

–Donde vive el mejor chef de estos contornos, y quedará bien saciada y satisfecha.

–¡Umm! Me encanta esa propuesta –admití–. Vayamos a conocer a ese cocinero de primera.

–Pero antes demos un paseo, ¿le parece? –propuso tomando mis compras.

–Sí. Nos vendrá bien dar un paseo para abrir el apetito.

–Su amiga nunca le hablo de mí, ¿verdad?

–No, y me extraña, porque entre nosotras hay mucha confianza y complicidad.

–Tiene su explicación, Victoria. Soledad no ha querido hablar mal de su media hermana. Mi mujer era una celosa patológica. Tuvimos que dejar de visitar a Soledad al poco de casarnos. Se le metió en la cabeza la idea de que a mí quien realmente me gustaba era su hermana mayor. Llegó a montarnos unas escenas muy tensas, incluso amenazarnos con que se suicidaría.

–¡Dios mío!

–Sí. Nos hacía sufrir a todos, y créame, la que peor lo pasaba era ella misma. ¡Y pensar que para mí no existió nunca otra mujer! No le voy a engañar, estaba tan cansado, tan harto de aquel sinsentido, que su muerte me resultó liberadora. Le lloré muchísimo, pero con su muerte me llegó el sosiego y la paz que tanto necesitaba.

–Ahora entiendo el silencio de Soledad.

–Sí. Yo nunca perdí el contacto con ella. Le escribía, le hablaba por teléfono cuando podía…

–Pero me dijo que era italiana, le recordé.

–Y lo era. El padre de Soledad tuvo que ir a Venecia por una cuestión de trabajo, y se enamoró como un adolescente de Anna, una preciosa italiana, que además poseía inteligencia y mucho sentido del humor.

Pero el hombre no podía quedarse allí. Él tenía aquí su familia. Eso sí, viajaba mucho para estar con ellas. La madre de Soledad y ella misma sufrieron una barbaridad con lo que ocurrió, y por si eso no hubiera sido suficiente, luego llegaron a conocer a la verdadera Carla, mi futura esposa.

–¡Uf, vaya historia!

–Ya ve usted. Por mi parte, cierta vez me pidieron que expusiera en Venecia, y ella acudió a ver mis cuadros. Era preciosa y muy dulce. Nadie podía atisbar que tras aquel aspecto angelical escondiera esa patología tan terrible.

–Comprendo.

–Sea como fuera… Dejémoslo estar. Hablemos de cosas más agradables, y a Soledad ni una palabra de todo esto. Por favor se lo pido.

–No se preocupe para nada. Fingiremos que nos acabamos de conocer, y que no sé nada al respecto.

–Muy bien. Ya hemos llegado –anunció Miguel.

Me fijé en los detalles del portal. Me gustaron muchísimo. Era una vivienda de lujo. Entramos en uno de los ascensores del edificio y subimos al tercer piso. Cuál no sería mi sorpresa al ver que Miguel abría la puerta con su propia llave y me llevaba directamente a la cocina.

–Le presento al chef más famoso de Europa –me dijo mientras hacía una reverencia en tono jocoso.

–Encantada de conocerle. Si a usted le parece bien, yo seré su ayudante.

–Como guste –me respondió al tiempo que se colocaba un colorido delantal y re-

buscaba en un armario para ofrecerme a mí otro igual.

Apenas hablamos durante la comida. Cada unos estaba sumido en su propio mundo, reticente a compartirlo. La pizza no tenía nada que ver con las que suelen vendernos en España, el cordero asado con patatas estaba delicioso, y la tarta de moras, arándanos y nata me trasladó hasta el paraíso.

Mientras tomábamos el café con unas gotas de coñac, me atreví a preguntarle:

–¿Quién le enseñó a cocinar así? En mi experiencia, poquísimos hombres cocinan igual.

–¡Ja, ja, ja! ¿Eso significa que ha habido muchos hombres en su vida? –una vez más hizo que me ruborizara.

–Pues… mi abuelo paterno, mi abuelo materno, mi padre…

–¡Ya, ya! –se burló él–, y el párroco de su barrio también cocinaba mal, ¿no es eso?

–Es usted muy malo –hice un mohín de enfado.

–Todo lo contrario que usted, que es una santa –continuó provocándome.

–Pues lo dice haciendo un chiste, pero en mi vida solo existió mi marido –le aseguré agachando la cabeza.

–Perdóneme, Victoria, no era mi deseo ponerle melancólica. Hablemos de otros temas, y vuelva a sonreír como lo hace habitualmente –sugirió.

–¿De qué podemos hablar, Miguel? –le pregunté con un cierto aire de abatimiento.

–Pues primeramente, ¿a santo de qué nos seguimos tratando de usted? Te has deleitado con mis cuadros, con mi forma de cocinar, has saboreado mi tarta, hemos ha-

blado de mil cosas… ¿No crees que ha llegado el momento de hablarnos de tú?

–Es cierto. Creo que tenemos ya la suficiente confianza para apearnos de ese trato tan formal.

–Me encanta que estemos de acuerdo, al menos en esto –se rio, contagiándome su alegría.

–No solo estamos de acuerdo en eso –le expliqué–. También compartimos nuestro cariño por Soledad, y nos gustan el champán, la pizza, el cordero asado…

De pronto Miguel se puso serio:

–A mí me encantas tú, que hayas comido en mi mesa, y que aún sigas aquí.

Creí por un momento que toda mi sangre se me había agolpado en la cabeza. Sentía un calor casi enfermizo en la cara, y me temblaba todo el cuerpo, más lo que Miguel me acababa de confesar, se corres-

pondía exactamente con lo que yo sentía por él. Había tenido la valentía de decírmelo, ¿iba a ser yo más cobarde que él?

–Miguel, a mí me hace feliz el detalle que has tenido al invitarme a tu mesa. Me agrada estar aquí contigo, pero lo más importante es que eres un hombre del que todo cuanto he visto hasta ahora me fascina, con el que puedo hablar de cualquier cosa, y eso me hace sentir como una adolescente.

–¿Lo ves? ¿Te das cuenta de que no nos faltan temas de los que hablar? –volvió a reírse él como para quitarle hierro a cuanto habíamos dicho. Sentí que estaba aún más nervioso que yo.

–He sido completamente sincera contigo, porque no soy de las que se hacen de rogar ni de las que se creen princesas. Además, no tenemos edad para andarnos con orgullos y adivinanzas. Solo quiero pe-

dirte que llevemos esto despacio, más que nada para no hacernos daño, para evitarnos sufrir. Hace muy poco que nos conocemos; averigüemos si todo esto no es un espejismo, ganas de salir de la rutina, una atracción pasajera.

–Como tú digas; ante todo, sensatez.

–Así quedó aprobada mi proposición, y no sucedió nada más, ni aquel día ni los siguientes, aunque los dos deseábamos ardientemente tocarnos.

El cumpleaños de Soledad fue memorable. Allí estaba Andrés, junto a su madre, interpretándole una preciosa melodía al piano. A Soledad se le caía la baba, y hasta se le escapó alguna lágrima que otra. Yo le daba codazos disimuladamente, y le decía al oído que se le iba a echar a perder el maquillaje. ¡Estaba tan guapa con su vestido lila y aquellos zarcillos de oro blanco

que su difunto marido le había regalado al tener a su primer hijo!

Al otro lado de la mesa se encontraba Miguel, que no me quitaba ojo de encima, sin darse cuenta de que, aunque todos simulaban no percatarse, olfateaban un incipiente flechazo entre nosotros. A izquierda y derecha se repartían todos los hijos de Soledad, algunos con sus respectivos conyugues y niños. Pude darme cuenta de que Sandra, una de las hijas de mi amiga, estaba encinta.

Los niños adoraban a su abuela. Eso era algo fácilmente comprensible, pues Soledad siempre los trataba con muchísimo cariño y delicadeza. Les contaba bellas historias y jugaba con ellos a lo que se les antojara en cada momento.

Comimos estupendamente, todo cocinado por la propia cumpleañera, aunque servido por dos mujeres del servicio: Mae y

Elisa. ¡Quién sabe cuántas horas pasó mi amiga en la cocina preparando todo aquello!

Sentí envidia por aquella gran familia que Soledad había construido a su alrededor. Incluso el personal a su servicio tenía en alta estima a la matriarca, no solo porque ella sabía remunerar con justicia a sus empleados, sino porque todos se sentían tratados con igual afecto, ya que Soledad no sabía relacionarse con las personas de otro modo.

Mae arrastraba a sus espaldas una historia terrible. Mi amiga la rescató de aquel infierno de malos tratos e ignominiosas humillaciones. La apoyó moral, económica e incluso legalmente cuando más lo necesitaba, de tal suerte, que aquel psicópata que no era capaz de amar ni a sus propios hijos, y que hizo de ella una mujer pequeña que se despreciaba a sí misma, acabó con sus huesos en la cárcel para una buena par-

tida de años, mientras ella, muy poquito a poco, renacía hacia la alegría de la libertad y de la vida.

Para Mae, Soledad era como su propia madre, para sus hijos, una abuela bonachona en la que costaba adivinar a la gran y exitosa escritora admirada por tantísima gente.

Nunca olvidaré la expresión de la cara de mi amiga cuando vio el cuadro de Miguel. Él lo había pintado a partir de una fotografía que le tomó sin que ella sospechara nada, por lo cual jamás hubiera imaginado poder verse en un lienzo. Estaba anonadada, y cuando al fin salió de aquel estado, empezó a reír como una loca.

Todos estábamos felices, menos Andrés, que parecía contrariado porque su regalo, una preciosa pulsera de oro, no había estado a la altura que él pretendía. Ciertamente, su madre le dio un millón de gracias y

besos por haberle obsequiado con lo que ella calificó como una maravilla. Pero existe un lenguaje espontáneo, gestual, imposible de ocultar y rotundamente elocuente, que solamente lo provocó aquella pintura tan perfectamente trabajada y tan sorprendente, tanto para la anfitriona como para sus invitados. Probablemente el resto de los presentes no constituyeron sino una repetición de objetos que ella ya poseía y no le hacían ninguna falta. Por poner un ejemplo, yo sabía a ciencia cierta que después de un tiempo parte de mi lencería acabaría en manos de Mae, Elisa o de alguna otra chica del servicio.

Cuando todo terminó, cada uno fue tomando su camino de regreso a casa. Casi todos viajaban en coche. Miguel y yo éramos los únicos que lo hacíamos en metro. No obstante abandonamos por separado la casa, ya que no queríamos que Soledad pensara que estábamos intimando. Él salió

antes que yo, y me esperó en la boca del metro. Me recibió de forma entusiasta.

–Estás realmente hermosa hoy. Quizá sea por lo que hemos disfrutado. No podía apartar mis ojos de ti.

–¡Ya, Ya! Me he dado cuenta de que no eres un lince disimulando. Creo que les ha quedado muy claro que algo pasa entre nosotros.

–¿De verdad? ¿Tú piensas que lo han notado?

Me eché a reír a carcajadas. No tuve forma de reprimirme. Tenía ante mí a un niño grande, inocente e impulsivo que no sabía mentir, y que se estaba enamorando de mí con todo su corazón y con el ímpetu irrefrenable de su alma. Comprendí que estábamos destinados a amarnos hasta el fin de nuestros días.

–¡Mujer, una vez más te ríes de mí! –suspiró.

–No es eso, corazón. Yo disimulo mis sentimientos mejor que tú, pero igualmente te quiero, te quiero muchísimo.

Nos besamos como dos adolescentes mientras una señora mayor nos gritaba que estábamos dando un espectáculo, que se estaba perdiendo el respeto, la moralidad y no sé cuántos valores más. Nos hizo mucha gracia, razón por la cual la señora soltó una serie de improperios, en tanto que bajaba por las escaleras mecánicas y desaparecía por fin de nuestra vista.

Procuramos no volver a tropezar con aquella mujer tan intransigente, tal vez nos siguiera lanzando lindezas si nos encontraba en el andén o si se subiera en el mismo vagón donde estuviéramos, para recriminarnos que nos comportábamos como marranos en su cochiquera, y que san Pedro

nos llevaría hasta el fuego eterno con profundo regocijo.

–¿En mi casa o en la tuya?

–¿Qué quieres decir?

–Que podemos ir a tu casa o la mía a cenar con fundamento y ver una buena película. ¿Qué me dices?

–Que en mi nevera no hay apenas nada. Avelina suele hacer la compra los martes. Así pues solo nos queda la opción de tu casa. Pero no te olvides de lo que consensuamos. Despacito y con buena letra. Eso solo se logra hablando, esforzándonos en conocernos bien, en saber qué amamos, qué odiamos, qué asuntos nos producen indiferencia, etc.

–A la orden, jefa, pero antes habrá que cocinar.

Intentó mantenerse serio Miguel, pero obviamente no logró reprimir la risa.

–¡De qué te ríes tú?

–De nada, de nada. Debemos conocernos bien –recalcó él parafraseando lo que yo le había explicado.

–Eso es –le respondí en tanto terminábamos de salir de la escalera mecánica, y él me seguía dos pasos más atrás.

Tuvimos que correr en el último tramo hacia el andén. El tren estaba entrando, y milagrosamente conseguimos subirnos a él, a empujones, quedándonos apretados como salchichas en un bocadillo, contemplados con rabia por los montones de bocadillos a quienes habíamos hecho aún más nimio el espacio del que disponían. De pronto cerré los ojos para evitar aquellas miradas terribles, airadas. Los mantuve así durante largo rato, para después tratar de ubicar a Miguel. Él debió acercarse a mí en algún momento, y ahora tiraba de mi brazo para arrastrarme hacia la salida. Fue en ese

preciso instante cuando vi los inconfundibles ojos verdes de Josué, que afortunadamente no habían reparado en mí. Otra vez él. Me quedé ensimismada durante unos segundos, pero allí estaba Miguel para sacarme de mis cavilaciones con sus abrazos y su felicidad. Al instante me olvide totalmente de Josué.

Aquella noche no la olvidaré mientras viva. Nunca antes tuve la fortuna de conocer, una siquiera, que se le pareciera en algo. Comimos bien, charlamos sobre muchísimas cosas, intercambiamos anécdotas, y terminamos en la amplia habitación de Miguel, donde hicimos el amor hasta fatigarnos. Los dos lo deseábamos desde el principio. Yo me había mostrado reticente, pero quién podía negar que aquello también formara parte del mutuo conocimiento. No trato de justificarme, no, sucumbí a los encantos de Miguel, y a día de hoy sigo pensando que es lo mejor que pude hacer.

El es un hombre tierno, cabal; el marido que cualquier mujer desearía encontrar.

Por fin llegó el diez de agosto. Yo estaba encantada de ver a mi hija, a quien, por cierto, encontré en la cocina de mi casa desayunando tranquilamente mientras su maleta de ruedas aguardaba en el pasillo. Nos abrazamos con auténtico deleite. Constaté que se había convertido en una mujer espléndida; vestía de modo impecable, y su presencia me hizo llorar de pura emoción. Hacía dos largos años que no habíamos podido disfrutar la una de la otra; en cambio, una sonrisa triste en sus bellos ojos me alertó de que algo no andaba bien, aunque me abstuve de indagar sobre el particular. No deseaba de ningún modo empañar aquel dulce encuentro.

Mi hija me agradeció las largas cartas que yo solía enviarle con bastante regularidad. Evidentemente, internet me parece un descubrimiento excepcional, y suelo tener-

lo muy presente con el objetivo de que me haga la vida más cómoda, así como para estar al día de lo que ocurre en el mundo, cuestiones médicas y demás, sin dejar de subrayar el hecho mágico de poder ver a personas que están lejos de nosotros como si los tuviéramos sentados a nuestra mesa.

Muy a pesar de todo esto, yo sigo escribiendo largas cartas a mis seres queridos. Pocos me las responden; deben pensar que yo ya no pertenezco a este mundo. A mi hija le divierte todo esto sobremanera.

–¡Ay, mamá! Me acuerdo mucho de aquello que me contaste en una de tus últimas cartas. Eso de que Soledad y tú ibais a cursos de Kárate, ¡que ocurrencia!

–Esther, Soledad debe saber protegerse. Ella vive en un paraje solitario, y en su casona hay muchos objetos valiosos. Bueno… tú conoces el lugar, no sería extraño que alguien quisiera robarle o algo así.

–Eso lo entiendo, mamá, pero ¿qué me dices de ti?

–Hija, yo voy mucho a visitar a Soledad, y a veces ella insiste en que me quede a cenar y a pasar unos días con ella.

–Además, llegasteis a ser cinturones negros, ¿no es así?, ¡ja, ja, ja!

–Esther, tú también deberías hacer cursos de ese tipo; las grandes ciudades no son parajes amables, y nunca está de más protegerse.

–¿Lo dices en serio?

–Por supuesto que sí. Nosotras no hemos dejado de practicar kárate. Ya no nos interesa gran cosa competir, pero sí estar en forma y, ante todo, tener la capacidad de defendernos a nosotras mismas si alguien nos quisiera agredir

–Esperemos que nadie atente ni contra ti ni contra Soledad.

–Tienes razón, Esther. Olvidemos todo lo desagradable. Cuéntame de ti, ¿qué tal los niños, el trabajo y demás?

–Todo bien, mamá. Mi trabajo me encanta, me pagan bien; los chiquillos son niños sanos, y les gusta mucho ir al colegio; Robert nos adora…

–¡Qué gusto me da!

Mi hija me estaba ocultando algo, yo estaba segura de eso, más no tenía intención de importunarle con preguntas que la pudieran incomodar.

Esther se levantaba temprano, desayunaba una barbaridad y salía a correr. Al mediodía comía como un pajarito. Tomaba batidos de frutas a todas horas, y cenaba frugalmente. Hacía gimnasia y bicicleta estática. El resto del tiempo visitábamos Madrid, íbamos al cine, al teatro, a espectáculos musicales y, claro está, a FANTASÍA, a visitar a Soledad, que estaba más radiante

que nunca por la compañía de su hijo Andrés.

–No quisiera yo que encontrara un empleo ahora mismo –decía–. Sé que es puro egoísmo, pero… ¡Somos tan felices los dos! También le visitan amigos. Es maravilloso, Vicky. No soy yo mujer a quien agrade la soledad.

–Me gusta que Andrés y sus amigos te hagan la vida más amena y agradable. Lo mereces, y te lo digo muy de verdad.

–La semana que viene se marchará a París. Se va porque allí va a celebrarse un congreso del Colegio de Abogados. Tendrás que quedarte unos días aquí para que no me sienta demasiado abatida. ¡Qué pronto se acostumbra una a lo bueno!

–No hay problema, querida. La semana que viene ya no estará mi hija, y tendremos más tiempo para pasarlo juntas.

–¡Eres tan buena! Muchas gracias por todo, Vicky, por tu amistad y tu apoyo. Hasta por esa lencería tan fina que te has molestado en comprar para mí.

–¡Ah, eso! No es nada, amiga. Un detalle y ya está.

–En casa estamos preocupados. Parece que el ex de Mae ha empezado a tener permisos de salida en la penitenciaría. La pobre está aterrada. Dice que no dejará títere con cabeza hasta dar con ella y sus hijos. Yo te aseguro que nunca la encontrará –me explicó.

–No se entiende que a un tipo de esa calaña le permitan salir a las calles, aunque solo sea por unas horas.

–Bueno, si queremos podemos volverle loco; si es que ya no lo está. Mae puede pasar unos días en tu casa, otros en casa de alguno de mis hijos, otros donde Elisa. Nunca logrará dar con ella, ya verás.

–Claro que no. Ahuyentad esos miedos. El miedo mata, querida. No hay que darle la oportunidad de que se cuele en nuestras vidas.

–Tienes razón.

Aquella noche mi hija se presentó en casa tarde. Había ido a visitar a antiguas amigas, sin embargo, yo creía en que algún suceso del que no deseaba hacerme partícipe había transformado su vida por completo. En la cena me habló de Robert.

–Es un buen hombre, mamá, y muy inteligente, pero casi nunca está con nosotros. Es por su profesión, desde luego, no por capricho. A veces intento imaginar su rostro y no puedo; tengo que visionar nuestros últimos vídeos. Es muy triste… Me cuesta hablarte de esto, mamá, pero lo voy a hacer para que puedas comprenderme mejor. Nuestras relaciones sexuales se han vuelto inexistentes. Eso me tiene desquiciada. Soy

joven todavía; tú lo sabes. A menudo pienso que él tendrá sus líos en sus viajes, que tal vez hasta tiene otra mujer con la que comparte otros hijos.

Aquello me dejó bien compungida. ¡Mis dos nietos, Dios mío! ¿Qué iba a ser de ellos? No me atrevía a preguntarle a mi hija, aunque en mi mente hervían millones de interrogantes: ¿Decidirían divorciarse? ¿Sería de mutuo acuerdo? Tal vez todo el asunto tomara visos de rencor, de revanchismo, y tendrían que recurrir a un contencioso. ¿Y la custodia de mis nietos? Aquello no iba a venirle nada bien a mi salud. Un temblor recorrió por entero mi mente y mi cuerpo. La noticia me había dejado una gran flojera, primero, y una desgana tremenda, después.

–Hay consejeros matrimoniales, hija. Tienes que intentar salvar tu matrimonio.

–No sé, mamá. No creo mucho en ese tipo de cosas.

–Esther, algo tendrás que intentar, o se va ir todo al garete, y sería una verdadera pena, hija.

Esther comenzó a llorar. Al principio, contenidamente, hasta que no pudo más y estalló en unos sollozos que se me hicieron insoportables. Ambas nos habíamos arrancado las mascarillas que solíamos utilizar por precaución, y nos abrazamos y besamos desesperadamente en un intento de acallar el terror que se había apoderado de nuestros corazones.

–No hace falta ni que te lo diga, pero prefiero hacerlo. Si quieres, esta es tu casa, y por supuesto la de mis nietos. No obstante, estoy convencida de que deberíais luchar por vuestro amor.

Mi hija no respondió a mis palabras.

–He pedido a la empresa una semana más, y me han dicho que no hay ningún problema. Se me hace duro volver allí, mamá.

–Te comprendo perfectamente. Tranquilízate, cariño. Aparquemos todo este asunto por el momento.

–Sí, la cabeza me va a estallar.

–Sosiégate. Te traeré un paracetamol.

Ahora cobraba sentido aquella tristeza en los ojos de Esther. Desde un principio supe que me estaba ocultando algo, aunque nunca hubiera podido imaginar que fuera de tal calibre.

Al día siguiente decidí visitar FANTASÍA, para lo cual me puse en contacto con Soledad, y le hablé de que mi hija se encontraba en una situación delicada. No quise concretarle nada por teléfono, prefería hablarlo en la privacidad de su casa. Lo que sí le

hice saber es que iba a posponer el hacerle compañía tal y como habíamos acordado, pues Esther iba a quedarse una semana más.

Me vendría bien el estar con mi amiga. Se me hacía fatigoso el ritmo que llevaba mi hija. Claro, ella estaba llena de salud y vigor, en cambio a mí me estaban abandonando las fuerzas que en otro tiempo tuve. El transcurso de los años siempre nos pasa factura. Mi hija lo comprendió, me dijo que no tuviera cuidado, que me fuera tranquilamente a pasar el día con Soledad, y que estaría encantada de que yo lo pasara bien con mi amiga, en tanto que ella se iría al teatro.

Encontré a Soledad muy contenta. Estaba en compañía de Andrés, que nos preparó dos cafés con leche acompañados de pastas, nos piropeó a ambas, y se retiró discretamente para que pudiéramos charlar a gusto.

Mi amiga adoraba a aquel hijo, más si cabe que a los otros, porque él sabía ganársela con pequeños detalles, con lisonjas, chistes, narraciones sobre su propia vida… Francamente era un joven maravilloso que ojalá hubiera sido mi hijo, de tal suerte que mi cotidianidad se habría enriquecido sobremanera, haciendo mis días más divertidos y llenos de contenido. Ciertamente no estaba yo en disposición de quejarme, ya que Miguel me miraba y agasajaba como antes nadie lo había hecho, pero el problema estaba en que era requerido con demasiada frecuencia, lo cual me privaba de su compañía más veces de las que yo hubiera deseado.

Soledad lamentó mucho lo que le conté.

–Mira, Vicky. Hoy día todo es muy complicado. Una encuentra trabajo en el otro extremo del mundo, y otra que vive allí lo encuentra debajo de tu casa. Las parejas se ven poco, y el tiempo del que disponen se

ve mermado con la llegada de los hijos. Las ciudades son estresantes y te obligan a recorrer grandes distancias por un simple bocadillo, unas medias o el edredón de plumas del que te has encaprichado.

–Tienes razón –le respondí en tono lacónico.

–Todo va mal, y en realidad nadie tiene la culpa. Bueno, la tienen los gobiernos, el mal reparto de la riqueza, la carestía de la vida…, pero supongo que no querrás hablar de eso. Tómatelo con calma. Quién sabe si de pronto no se arregla lo de Esther y Robert.

–Eso sería estupendo, aunque como no ocurra un milagro me parece que va a ser muy difícil.

–¿Sabes?, vamos a tomarnos otro café con un trocito de tarta. No te calientes la cabeza. No sirve para nada, te lo digo yo.

Ella siempre conseguía sacarme una sonrisa, calmarme, y por unas horas me abstraje de aquella tragedia que nos amenazaba.

Al llegar a mi casa recibí una llamada de Miguel, y le conté lo que me atormentaba. Reaccionó del mismo modo que Soledad.

–No hagas nada, querida –me aconsejó–. Veremos qué cariz toman los acontecimientos los próximos días.

–¿Cuándo llegas, mi amor? –le pregunté con urgencia.

–Aún pasaré un tiempo, pero estas separaciones entre nosotros están tornando a su fin. Voy a jubilarme, cariño, que ya es hora. Quiero estar a tu lado el resto de mi vida.

–¿De verdad?

–Claro que sí. Deseo tanto como tú que estemos juntos, que viajemos, que disfru-

temos mientras podamos. No todo es trabajar en esta vida. No somos robots.

–¡Qué alegría me das!

–¿Qué creías? ¿Que iba a morir con el pincel en la mano?

–¡Ja, ja, ja! ¡Vaya forma de decirlo!

–Si vuelvo a coger un pincel será para pintarte a ti, mi amor.

Sentí que se abría la puerta de entrada a la casa y me despedí rápidamente de Miguel.

–Viene mi hija, Miguel. Tengo que dejarte. Será mejor así –aduje.

–¿Y eso? ¿Acaso te avergüenzas de mí, Vicky?

–No digas tonterías. Tenemos que hablar de mi Esther. Ya te contaré –susurré bajito.

–¡Qué misteriosa estás!

–Voy a colgar. Te llamaré desde mi cama, después de cenar.

–De acuerdo, cariño.

Esperaba ver a mi hija igual que el día anterior, alicaída y profundamente triste por todo lo que le estaba sucediendo. Me dije a mí misma que trataría de distraerla, que le hablaría de Soledad y también del joven y apuesto Andrés.

–Buenas noche, mamá.

–Muy buenas, Esther, –le respondí extrañada por su tono alegre.

–Hoy lo he pasado fenomenal, mamá, ya te contaré. ¿Qué tenemos para cenar? Estoy extenuada y hambrienta.

–Me alegro mucho, hija. Tenemos una ensalada muy completa y pollo asado. Avelina no ha olvidado tus gustos.

–¡La buena de Avelina! ¿Cuántos años lleva en esta casa, mamá?

–Pues uno más de los que ahora mismo tienes tú.

Esther puso la mesa en un santiamén. Debía estar deseando echarse algo al estómago. Me encantó ver cómo devoraba uno de sus menús favoritos mientras sus mejillas se tornaban rosadas. Le favorecía aquel rubor en su rostro moreno. En cambio, de pronto comprendí que mi hija se estaba sirviendo grandes cantidades de vino. Yo no recordaba que ella bebiera de aquel modo desaforado, y me pregunté qué motivo le estaba impulsando a ingerir tanto alcohol aquella noche.

–Mamá, voy a contarte una cosita –me dijo con una risa tonta. Estaba ebria.

–Dime, cariño.

–Hoy he conocido a un hombre guapísimo, y me he acostado con él –confesó.

–¿¡Qué has hecho qué!?

–Lo que has oído, mamá.

–He estado toda la santa tarde follando. La verdad es que lo necesitaba. Lo hemos hecho en todas las posiciones posibles. Ha sido una follada genial, mamá.

–Estás borracha, Esther, y has cometido un gran disparate.

–¿Por qué, mamá? El tipo es guapísimo, y lo hace como un campeón. No podía perderme esta oportunidad de disfrutar.

–Tú estás casada, Esther, ¿lo has olvidado?

–¡Ja, ja, ja!, con el hombre invisible.

–Con Robert, y deberías hablar con él e intentar solucionar vuestros problemas.

–¿Hablar con él? ¡Si supiera dónde está! Me voy a dormir, mamá. Tú lo ves desde tu punto de vista. Yo necesito sentir que estoy viva.

–Así la vi marchar por el pasillo hacia su habitación, tambaleante y desinhibida.

Yo tenía los ojos anegados en lágrimas. Deseaba llorar y llorar. Mi hija estaba perdiendo la razón. Lo que acababa de suceder no podía explicarse de otro modo, y me dispuse a meditar sobre el extraño comportamiento de Esther durante aquella cena. Fue en vano, no era capaz de concentrarme, y acabé metiéndome en mi cuarto. Una vez allí puse el televisor en una cadena que había elegido al azar, y estallé en sollozos, segura de que nadie oiría mi desahogo. A media noche pude ver mi rostro completamente desfigurado en el espejo del baño. Me duché y me puse hielo en los párpados. Pronto llegaría Avelina y no deseaba preocuparla con aquel aspecto lamentable. An-

tes de que llegara me maquillaría. Pero tenía que dormir unas horas. Quizás pudiera o tal vez no. Yo iba a intentarlo.

El día siguiente fue horrible. Tenía el aspecto de un muerto viviente, pero Esther no reparo para nada en ello. Se levantó feliz y le pidió a Avelina un buen pedazo de tarta de queso acompañado por un tazón de leche caliente, a la vez que nos comunicaba que no comería en casa, sino con una amiga de cuando estudiaba en el instituto. Me imaginaba quién podría ser esa amiga, pese a lo cual sonreí antes de asentir dócilmente. Nuestra sirvienta comentó que era muy bueno seguir teniendo contacto con los antiguos compañeros de estudios, saber de ellos, y relatarles lo que pasaba en nuestras vidas. Retomar la amistad de antaño, eso sí, ahora con una información actualizada.

Los días pasaban, y mi hija no parecía dispuesta a marcharse de nuevo a su ciu-

dad. Había llegado la hora de retornar, de sacar el pasaje de avión, de preparar las maletas, pero ella no parecía tener la cabeza en esas cuestiones.

–¿Voy a decirle a la doctora Paraíso que me encuentro mal, que a ratos tengo fiebre y dolor por todo el cuerpo. Eso es, me haré la asustada. Ella creerá que tengo el COVID, y me dará una baja larga. Hablaré con mis amigos para decirles que lo siento mucho, que tienen que hacerme una PCR para cerciorarse de que no tengo nada de eso. Tendré que hacerme pruebas de antígenos antes de nada. Le diré a la doctora que toso mucho y que en dos ocasiones he dado positivo.

–Esther, ¿Tú te estás escuchando? –le pregunté atónita.

–Mamá, estoy muy gusto con Jairo, y no me apetece nada regresar a Londres.

–Hija mía, esto que estás haciendo no está nada bien. Robert se preocupara, y los niños también.

–Quizás después de todo me tenga que divorciar y traerme a los niños –me respondió tranquilamente.

–¿Sin luchar?

–Me da mucha pereza luchar, mamá.

Quería comprender a mi hija, y hacía todo lo que mis fuerzas me permitían para ello, pero era totalmente en vano. Yo era de otra generación y de otra pasta, evidentemente. Mis noches eran un sinvivir amargo y doloroso. Como siempre que tenía problemas me acerqué a Soledad, y ante ella dejé fluir mis verdaderos sentimientos, mi dolor, mi ira, mi profunda frustración.

–Relájate. No puedes hacer nada. No depende de ti, querida. ¿Por qué no te vie-

nes a mi casa en tanto vuelve Miguel de su viaje?

–No sé. Lo pensaré –le dije en tono dubitativo.

Una tarde en la que yo vagabundeaba por el centro de Madrid como una sonámbula les vi. Allí estaban sonrientes y felices, el tal Jairo y mi hija. No pude contenerme, y me acerqué a la mesa donde se estaban tomando un par de copas de coñac.

–¿Sabe usted que está con una mujer casada? –le espeté a él–. Casada y con dos hijos.

–¡Mamá!

–Esther, alguien debe de poner un poco de cordura en todo esto.

–Pero ella no es feliz. Me quiere a mí –argumentó él.

–¡No me diga! En dos días que llevan juntos le quiere a usted. Están los dos locos de atar.

–Mamá, déjanos en paz, por favor –suplicó mi hija.

Me alejé llena de rabia contenida. Acababa de decidirme. Haría una pequeña maleta y me iría a FANTASÍA.

Soledad me recibió compungida por lo que yo previamente le había relatado en relación a Esther y a ese Jairo, con cara de no haberle pegado palo al agua en su vida. Me desagradaba profundamente aquel tipo, del que mi hija decía que era guapo, culto y simpatiquísimo. Yo lo veía como un chulo de playa, de esos que abundan en el Caribe, sanguijuelas que le quieren chupar la sangre a ancianas con posibles.

–Déjalo, Vicky. Estás predispuesta contra él, y aunque fuera un verdadero santo, tu le demonizarías sin compasión.

–Ya. Tú porque no le has conocido. Lo demás dirías lo mismo que yo.

–Vamos a pasear. Debes tranquilizarte. Hoy dormiremos juntas, en la habitación que tiene dos camas grandes de color malva, y hablaremos de todo menos de Esther y el atufado ese. ¿Te parece bien?

–Creo que será perfecto. Necesito desconectar de todo esto, de lo contrario tendrán que ingresarme de nuevo en el psiquiátrico.

–Nada de eso. Lo vamos a pasar de primera. Recordaremos para siempre estos días, ya lo verás.

–Yo los recordaré con mucho pesar.

–¿Qué dices? Tienes dos opciones: Aparcar lo de tu hija o te ingresarán. ¿Tú conoces aquello, verdad?

–¡Uf!, no lo menciones, amiga.

–Pues colabora, Vicky, colabora, por favor.

Y yo opté por colaborar, dado que era muy consciente de que Soledad no estaba hablando por hablar. Se trataba de mi vida, y lo que menos deseaba era verme atada a una camilla, sin mis enseres, sin mi móvil, sin espejo donde mirarme, con aquel terror atenazador, y sin querer vivir para nada. Tenía que cambiar totalmente mis premisas, santo Dios, era horrible aquel trance, ¡uf!

La primera noche en FANTASÍA fue esplendida. Se inició con una exquisita cena, después Andrés puso música de nuestra época y bailó conmigo, dándome prioridad por ser la invitada. Después lo hizo con su madre, y cuando estábamos convencidas de que todo había terminado, nos puso música moderna. No conocíamos aquellos rincones, pero eso no nos supuso obstáculo alguno, puesto que ambas habíamos baila-

do mucho durante toda nuestra vida, y ahora nos sentíamos capaces de bailar aquellos y otros muchos ritmos.

Andrés inventaba mil juegos para nosotras, al aire libre si era posible: al escondite, a la búsqueda del tesoro, al viejo diábolo… Dentro de FANTASÍA al ajedrez, a las cartas, al monopoly, a los modernos juegos de rol, etc.

Efectivamente estaban siendo unos días sorprendentes y dignos de ser recordados. Soledad no prometía para luego no cumplir. Mi amiga quería alejarme de la desdicha, y lo logró. Su hijo era un joven encantador, y se prestaba igualmente a lo que hiciera falta para tener mi mente ocupada y distraída.

Pasaron así siete días. Soledad había desconectado todos los teléfonos, y el servicio tenía la orden de decir a quien se

acercara que hacía tiempo que Vicky no asomaba por allí.

Al cabo de esos siete días decidí volver a mi casa. Era ya demasiado tiempo de ausencia, y Esther estaría sin duda muy angustiada. Quizá hasta habría avisado a la policía. Hice mi exiguo equipaje, y Andrés me llevó hasta el portal de mi casa. No le dije de subir, porque no quería mostrarle lo que estaba ocurriendo entre las cuatro paredes de mi hogar. Yo misma estaba atemorizada por lo que pudiera encontrarme al otro lado de la puerta.

Entré en mi casa, y escuché claramente las risas de mi hija. Me dije a mí misma que no podía haber enloquecido tanto como para reírse sola. Seguí hacia el salón para ver que estaba sucediendo, pero allí no había nadie. Era en la cocina donde estaba prendida la luz. Yo creyendo que Esther podría estar angustiada pensando en la suerte que habría corrido su madre, y ella

feliz, contenta por el motivo que fuese. La rabia me hizo llegar en dos zancadas hasta donde estaba, muy bien acompañada según su criterio, cocinando para aquel cretino sacacuartos al que yo tanto detestaba.

–¿Qué está pasando aquí? –grité.

–Pues ya ves, mamá. Haciendo unos espaguetis carbonara.

–¿Y usted qué hace en mi casa? ¡Fuera de aquí, sinvergüenza! Se va inmediatamente o llamo a la policía. Se lo juro.

–¡Vaya con el carácter de mi futura suegra! –respondió él.

–Ahora mismo mandaré cambiar la cerradura de esta casa. Entrometido de mierda, descarado.

–Me voy, señora. Me voy.

–Más te vale.

–Y tú te vienes conmigo a un hotel –le grité a mi hija.

Efectivamente pensaba cambiar la cerradura de la casa, pero no íbamos a tomar ningún hotel. Nos iríamos a FANTASÍA en un taxi. Yo estaba desbordada por los nervios, fuera de mí. ¿Es que me habían tomado por una vieja chocha y senil?

Llamé a un cerrajero de confianza y pedí por teléfono un taxi. Avelina no tardaría en llegar, y ella me recogería las llaves nuevas. Mi hija lloriqueaba como un animal herido.

Cuando Soledad nos vio regresar a su casa, sospechó que algo horrible acababa de suceder. La expresión de mi rostro era más que elocuente, y Esther parecía un corderito indefenso y herido.

–¡Dios mío! ¿Qué os ocurre?

–Esta hija mía que no está en sus cabales. Me ha metido en casa al chupasangre

ese. Ni siquiera se ha preocupado por saber qué había sido de su madre.

–Te has pasado, mamá –se lamentó mi hija.

–¿Yo? ¿Yo soy la que se ha pasado?

–Nunca le volveré a ver –contestó. Y volvió a ponerse a llorar.

–Eso espero.

Soledad nos observaba expectante, sin atreverse a meter baza en la conversación. Al cabo de un rato, cuando la situación se había vuelto menos tensa nos propuso cenar.

–¿Qué tal unos rollos de primavera y un rosbif al horno?

–Yo no tengo hambre –Esther fue rotunda.

–Aquí cenaremos todos –le respondí–. Por cierto, ¿aún no regresó tu hijo Andrés?

–Continúa en París. Le ha surgido una posibilidad de trabajo, y ha decidido prolongar su estancia.

–Ojalá tenga suerte.

–Sí, ojalá, aunque yo voy a llorar mucho si se vuelve a ir de casa.

Soledad improvisó rápidamente dónde pasaríamos la noche. La habitación de dos camas para ella y para mí. La del final del pasillo para mi hija, que ahora me miraba con verdadero odio.

Yo deseaba más que nada en el mundo que llegara Miguel. Hacía un siglo que no estábamos juntos, o eso me parecía a mí. La espera se me estaba haciendo insoportable.

Mi hija de día en día tenía una expresión más hosca y asocial. Hubiera dado lo que fuera por saber qué rondaba por su cabeza, aunque bien mirado, sería mejor para mí

no saberlo, ya que debía estar deseándome la muerte, o quizá algo todavía peor, algo así como una enfermedad que me tuviera postrada en una cama, aquejada de los dolores más terribles.

Soledad se esforzaba en hacerle hablar, pero todos sus intentos caían en saco roto.

–Vicky, ¿te acuerdas cuando íbamos a clases de kárate? Magnífica época aquella. Deberíamos matricularnos de nuevo, ¿no crees?

–Sí, no estaría mal.

–¡Patético! –nos miró con desprecio Esther.

–¿Patético? ¿Por qué piensas que lo es? ¿Acaso no es importante saber defenderse? –indagó Soledad.

–¿Qué iban a hacer dos ancianas contra un agresor joven y lleno de vitalidad?

–¿Te parecemos dos ancianas? El tiempo corre a una velocidad que ni te imaginas. Antes de percatarte tendrás nuestra misma edad.

–Creo que falta mucho para eso.

Esther continuó con su falta de respeto, procurando herirnos bien a fondo.

–Mejor ser una anciana como Soledad que una joven con tu falta de valores –le recriminé a mi hija.

–No discutáis. Cada quien tiene su modo de ser y pensar. El tiempo lo coloca todo en su lugar

–Así es. Nos muestra quién es una vieja entrometida y amargada por haber perdido su juventud –replicó mi hija.

–¿Más amargada que tú, Esther? Pues yo no he visto cara más mustia que la tuya en toda mi vida.

–¿Queréis dejarlo? ¡Qué no estamos en el patio de un parvulario, leñe! Vamos a pasear por el campo un rato, chicas.

–Yo me voy a mi habitación.

–Pues vete. Nadie te lo impide –le respondió mi amiga.

–Los días se me hacían interminables y pesados. Por las noches me abstraía charlando con Soledad en la habitación de esto y de aquello.

–Mañana quisiera limpiar la tumba de Adrián y ponerle unas flores. ¿Me acompañarás?

–Claro, ¿qué flores le pondrás?

–Rosas rojas, por supuesto. Rosas rojas para mi único y verdadero amor.

–¡Qué bonito es eso que acabas de decir!

El tiempo pasaba y no sabíamos nada de Robert ni de mis nietos. Esther se negaba a darme el teléfono de los amigos que se encargaban de cuidar a los pequeños, y yo no me atrevía a llamar a mi yerno ¿Qué podía decirle? Solo pensar en los hechos, tal cual eran, me llenaba de escalofríos. Incluso en una ocasión llegué a vomitar como una posesa, poniendo todo perdido en el baño de la habitación que ocupábamos Soledad y yo. Pese a saber que en la casa había servicio, no le deseaba a nadie tener que limpiar aquella inmundicia. Me puse los guantes de goma, y lo hice yo misma. Mi amiga me tomó entre sus brazos y me acunó hasta que me quedé dormida como una niña pequeña y pude huir de aquella catástrofe que estaba minándome. Había perdido muchísimo peso en las últimas semanas. Miraba mi imagen en el espejo al desnudarme para el aseo, y me decía a mi misma que había habido en los campos de exterminio

nazis presas con mucho mejor aspecto. ¡Lo que te hacen sufrir los hijos!

Aquel lunes nos habíamos acostado temprano, y Soledad me anunció que había llamado al psiquiatra. No podía permitir que yo siguiera en aquel estado. Asentí y me eché a llorar.

–Duerme– se limitó a decir ella

Ojalá hubiera podido dormir. Mi cabeza iba a gran velocidad, no paraba ni durante un miserable segundo. No podía salir de aquel laberinto de miedos, rencores, arrepentimientos y fracasos. No había psiquiatra que pudiera desmarañar aquel entramado de depresión y aniquilación. Hubiera tenido que ser un mago. Respiré hondo una y otra vez como me habían enseñado. Conseguí relajarme, y quedé al fin dormida de pura impotencia, mareada por tanta y tanta imagen agresora. Miguel no se colaba en

los recovecos de mi mente, ni una sola vez lo hizo.

De pronto en medio de la noche Soledad me sacudió violentamente.

–¿Estas escuchando lo mismo que yo?

–Sí. Se están acercando a nuestra habitación. Oigo los pasos –le dije todavía adormilada–. Será Mae, quizá Elisa o mi hija, Esther. Alguien debe estar en apuros.

–Mae y Elisa no están en la casa. Les he dado fiesta.

–Entonces mi hija debe sentirse mal.

–¿Tú crees?

–¿Qué otra cosa puede ser? O quizá haya vuelto Andrés.

–Tengo unas cuerdas en ese armario –me hizo saber–. ¿Te acuerdas de las catas?

–Creo que sí.

–Pues ánimo y no me falles ahora.

La puerta se abrió, y tres hombres encapuchados nos apuntaron con sus armas.

–Buenas noches, venerables ancianas podridas de pasta. Nos vamos a llevar todo lo que haya de valor en esta casa –se rio uno de ellos–. Empiecen a llenar las bolsas. Y no quiero trampas. Será mejor para todos si colaboran.

–De acuerdo –asentimos Soledad y yo al unísono.

Soledad me miro intensamente. Yo supe lo que eso significaba, y empecé a atacar. Ella tampoco se quedó quieta. Los encapuchados no esperaban una reacción así. Eso era obvio. Les estábamos arrinconando contra la pared, y muy pronto estuvieron en el suelo, como vulgares muñecos de trapo. Habían perdió el conocimiento. So-

ledad los ató. Estaba decidida a llamar a la policía, pero no sin antes ver los rostros de nuestros atacantes. Me ordenó que les quitara la capucha, y yo cumplí su orden de inmediato.

–¡Santo Dios! –exclamé–. Este es Jairo.

–Tú sigue. Hay que mantenerlos bien sujetos –ordenó mi amiga.

–Este es Josué –no podía salir de mi estupor.

–Parece claro que estaban compinchados desde el principio. Tú tenías razón. Buenos para nada, eso es lo que son –manifestó Soledad indignada.

Entonces, ella misma quiso ver el rostro del tercer agresor, y lo desencapuchó. Un grito aterrador salió de su garganta. Me acerqué a ver qué pasaba. Soledad sollozaba sin tregua.

–¡Madre mía! Pero… Si este es Andrés –me eché las manos a la cabeza sin saber qué hacer.

Poco a poco Josué y Jairo volvieron a su ser. Proferían horribles insultos y vejaciones contra nosotras. No ocurrió lo mismo con Andrés. Soledad se acercó a él, y le tomó el pulso en el cuello y en las muñecas. El hijo predilecto de Soledad había muerto. Debió de darse un mal golpe en la cabeza. Los de la ambulancia, que llegaron minutos después, solo pudieron confirmar su fallecimiento.

En un rincón Esther, que había sido alertada por los gritos de Soledad, sollozaba amargamente.

La policía nos llevó detenidas a las tres, y también a Josué y a Jairo. Había mucho que aclarar en aquella compleja situación.

Nos tomaron declaración a todos. Fueron horas tensas, terribles, sobre todo para

mi amiga, que había matado a su propio hijo, en legítima defensa, pero de cualquier modo, lo había matado.

La policía se hizo muy pronto una composición de lugar. Todo estaba muy claro. Esther había jugado un papel importante en desmadejar aquel entramado de despropósitos y muerte. Soledad no conseguía serenarse. Se le suministraron tranquilizantes, pero terminó perdiendo el conocimiento y cayó en medio de aquel interrogatorio como un saco de patatas al que se le hubiera propinado un decidido empujón.

Esther y yo nos abrazamos desesperadamente. Fue de los tragos más amargos de mi vida. A Soledad se la llevaron al hospital. Se temía que pudiera ocurrirle lo peor.

Yo avisé a Miguel, y él viajo de urgencia a Madrid. No daba crédito a lo que le esta-

ba explicando. Llegó horas después, nervioso y trastornado.

Soledad no terminaba de reaccionar satisfactoriamente. Nos hablaron de un ictus. De pronto, mi hija recibió una llamada en su móvil.

–¿Quién te ha llamado? –quise saber.

–Robert. Desea que regresemos cuanto antes a Londres. Ha conseguido un trabajo en la propia capital. No volverá a andar de un lugar a otro. Al fin seremos una familia. ¡Oh, mamá! Siempre tuviste razón.

–Me alegro mucho, hija.

–Mamá. Desearía que me apoyaras en esa historia que inventé.

–Claro, hija. Tú has estado muy malita con el COVID.

La que estaba realmente en un estado crítico era Soledad. Nos dijeron que solo le

quedaban unas horas. Un ictus sucedía a otro. La Unidad de Cuidados Intensivos se esforzó con ahínco, pero no fue capaz de sacarla de aquella agonía. Nos miraba con ojos anegados en lágrimas:

–Soy una asesina, –murmuraba.

Miguel y yo no terminábamos de digerir aquella nefasta noticia. Preguntamos si resultaría posible trasladarla a otra clínica; pero nadie supo decirnos si allí mejoraría, bien al contrario, se nos informó de que un traslado podría aún agravar más su mal estado. La suerte estaba echada. El destino era inaplazable. Horas, resonaba en mi cerebro. Solamente horas, y después no volvería a ver a Soledad. Nunca más. Su risa ya sería solamente un recuerdo. Seguramente sus flores se marchitarían. Nosotros tres perderíamos a una amiga, y el mundo, a una mujer de gran talento, excelente escritora y, ante todo, buena persona.

Mae bajo a la capilla del hospital. Quería rezar por su patrona y amiga.

–¿Quién nos protegerá ahora, Señor, de tanta maldad e iniquidad? –la escuché susurrar.

–Vendrás a nuestra mansión –le tranquilizó Miguel.

Yo le miré con asombro. No sabía nada sobre eso.

–Está apalabrada –me aclaró él–. Pero bastará una simple disconformidad tuya para que abandonemos la operación.

– Seguro que me gustará.

–Tú, Elisa, puedes venirte también. Sabemos que sois uña y carne.

–¡Oh! Gracias señor –musitó Elisa, que estaba con la cara hinchada de tanto llorar.

–Nada de señor. Somos Miguel y Vicky, ¿está claro?

–Desde luego, señor… Quiero decir, Miguel.

–Así está mejor.

Soledad abandonó este mundo sin dejar de repetirse que era una asesina. Fue terrible, pero no cesó de culparse. Nunca he llorado por nadie como lo hice por ella, ni siquiera por mis padres, pero la vida no se detiene nunca.

Miguel y yo hemos sido, y seguimos siendo muy felices en la casona que compró. Se llama FELICIDAD, y hace alusión al cuadro que encumbró a mi marido como pintor.

Algunas veces solemos visitar las tumbas de Adrián y de Soledad, y sobre sus lápidas depositamos rosas rojas en memoria del amor que se profesaron. Me consuela saber que ellos conocieron la amistad, el afecto, los buenos ratos y el cariño de sus

hijos, aunque como se suele decir, todo rebaño tiene su oveja negra.

Mi hija tuvo otro bebé, y no pensó en nadie que no fuera Robert. Por cierto, muy pronto vendrán a visitarnos. La vida es hermosa a pesar de todo. Que nadie dude de eso.